

De todas maneras iba a morir*

117

Creación

JULIO ALBERTO GUZMÁN CORTÉS

Egresado del TEUC.

Bogotá, 28 de mayo de 2012

Si usted está leyendo esta carta es porque me encontró de primero. Y espero no estar muy descompuesto con su llegada, porque asumo que lo que lo ha hecho entrar a mi casa ha sido mi ausencia, mi silencio y, por qué no decirlo, mi olor fétido. Qué otra cosa si no. Tampoco sé si sea usted policía o bombero, hombre o mujer, pero de todas maneras, si me lo permite, voy a explicarle.

Esta mañana estaba a punto de darle orden a una frase de mi nueva novela cuando tuve que dejar de escribir porque otra vez me vinieron las picadas en la cabeza, las mismas picadas de ayer, y de antes de ayer, y de hace más de un mes. Aparecían entre mis ojos e iban de izquierda a derecha y luego, de un corrientazo, convergían al infinito conmigo adentro. Así que sin más opciones que ceder, me levanté del sillón, apagué la radio, tomé la chaqueta, introduje en los bolsillos la libreta y la pluma, y salí a caminar. Mire, no me tome a mal si le digo que necesitaba alimentarme de otras tragedias para poder cargar con la mía. Todos lo hacemos, ¿no?

Casi de inmediato, al contacto con la brisa fría, el dolor disminuyó. Y de inmediato también pensé que un cuerpo así como el mío, enfermo hasta las orejas, ya no valía la pena. Viera usted que mi cabeza ha decidido separarse de mí y retarme a luchar, y luchar a mitad de camino, ridícula; pero

yo ya le he dicho que no, que sin luchar también voy a destruirla. Más pronto que tarde ambos sucumbiremos en el mismo canto del infierno. Al menos eso me dijo el médico hace dos días: “¡Distráete! En cualquier momento tu cabeza se fundirá y tú quedarás atrapado dentro y no sabemos si por días o años. ¡Ve y vive!”. Y, siguiendo sus consejos, luego de tener que dejar de escribir por obligación, ayer caminé a orillas del humedal Muñoz. Me recosté bocarriba en el césped, miré al cielo las nubes que pasaban preciosas e indolentes sobre mí, y hubiera dormido mucho más rato bajo el sol de no ser porque un batallón de hormigas que huía de la lluvia empeñado en buscar refugio bajo mi camisa me obligó a levantarme.

Pues hoy, después de los dolores, no fui al humedal, sino que tomé otro camino. Llegué a la esquina del supermercado y allí, sentada en el suelo, había una anciana vestida de harapos que al verme pasar me regaló una sonrisa desdentada y estiró su mano para pedirme limosna. Y más que en su manera de actuar, mi atención se centró en las arrugas de su rostro reseco, en el sombrero de paja que lucía sin vanidad, en sus zapatos rotos. Bien pueda asomarse por mi ventana y notará que ahí sigue sentada, personificando lo inclemente de la vida. Pero yo no le di ninguna moneda, no, no y no, porque vaya usted a saber si se trata de una treta para inspirarnos compasión. Ya lo

* Segundo premio del Concurso de Cuento del TEUC, 2018-01.

hice una vez con los gatos del vecino, les di de comer y ahora maúllan todos los días pidiéndome más. Mejor dejar que Dios se ocupe de los suyos, ¿no cree? Bueno, seguí de largo hasta llegar al parque Noriega y me interné en el fresco bosque. Qué gusto daba la mañana soleada y los árboles cuyas ramas se arqueaban sobre mí. De repente oí gritos al fondo, donde el parque se estrella con la avenida Caicedo, me puse la mano como visera y vi a algunas personas formando un círculo al tiempo que sacudían sus brazos al aire y se agarraban la cabeza. Apuré el paso para adentrarme entre la turba y tres ciudadanos ejemplares llamaban al número de emergencias. Sobre el pavimento y medio muerta, yacía una mujer morena y obesa que vestía sudadera y chancletas; los huesos de sus piernas sobresalían por su piel. Y aquí tenga usted en cuenta que yo necesitaba alimentarme de otras tragedias, así que me dije: Este es un espectáculo digno de ser publicado ya mismo en las redes sociales, ¿qué tal una foto con ella de fondo? Pero no hubo manera, había dejado el celular en casa. Entonces saqué la libreta y la pluma y apunté: “Foránea atropellada en mitad de la vía. Una pechuga de pollo, pimientos, jengibre, tomillo y laurel están regados por el suelo”. Tal vez la esperan en alguna casa para que termine de preparar el almuerzo. “Yo vi que una moto la arrojó, pero se dio a la fuga”, dijo una señora, también ejemplar. Un hombre vestido de traje se acercó, le levantó la cabeza desgonzada y se puso a gritarle que no se durmiera. Incluso, le abrió los párpados y yo vi que allí solo había un par de bolas blancuzcas que ya no miraban al mundo. Otro hombre se acercó a darle aire con un cartón que ni idea de dónde trajo. La mujer vomitó sangre y le manchó el abrigo al primer hombre. Ahora toda ella era un costal inerte de carne. Estuve ahí casi una hora esperando por ver cómo se resolvía ese drama hasta que me

harté, y al menos, mientras yo estuve, jamás llegó la ambulancia a la que llamaron.

Antes de cruzar la calle miré a uno y otro lado. Esta vez la brisa fría me obligó a frotarme las manos y formar un hoyo para soplarlas con un vaho de mi calor. Al horizonte, el azul azulísimo del cielo me invitó a seguir buscando una tragedia digna de ser escrita, una tragedia más espantosa que la mía, que produjera temblor en los lectores y erizara la piel de los dioses. Al menos así, supuse, no estaría solo en esto de morir. Crucé el puente Escobar, subí por la diagonal Latina y me sorprendieron la cantidad de tiendas de electrodomésticos y ropa interior femenina. Inexplicable, si hasta hace un mes esa era una calle de casas tranquilas donde funcionaban ancianatos. ¡Un mes! El mismo que duré internado en el hospital Medina Reyes. El mismo mes en que, para mermar los desmayos esporádicos y ese vértigo desproporcionado que había empezado a aquejarme, el doctor Marulanda me recetó algunos medicamentos novedosos. Pero estos me produjeron náuseas y vómitos, y para reducirlos me dio otros que me causaron insomnio, y para ayudarme me dio otros que me provocaron gastritis, y entonces tomé otros que me enviaron al baño cada cinco minutos, y así y así hasta que decidió suspenderlos todos y me volvió el vértigo.

Fíjese, ese mismo mes me acostumbré a vivir con la muerte, me acostumbré a ver a las enfermeras amortajando cadáveres como si envolvieran regalos de navidad para bajarlos a la morgue. Y no le miento, al instante aparecían las señoras del aseo con sus caras cubiertas por un tapabocas y traían baldes y escobas y trapos y traperos para desinfectar el cubículo y dejarlo todo como nuevo para que el próximo paciente que llegara creyera que la cama siempre había estado vacía, esperando incólume por él. Tan enseñado estaba ya a la fuerza de

ese destino, que una noche yo sí llegué a pensar que había llegado mi turno. Pero dos días después, aceptando que mi suerte sería someterme a pinchazos y a biopsias y a tratar con médicos residentes que saludan con risas hipócritas, vino el doctor Marulanda a entregarme el diagnóstico: “La causa de tus desmayos y de ese vértigo exagerado es una minúscula masa que crece silenciosa tras el tálamo. Y lo lamento por ti, pero es inoperable. Ahora, si estás de acuerdo, podemos iniciar...”. Se lo juro, no dejé ni que terminara y exigí de inmediato el alta voluntaria. ¿Para qué iniciar nada si el tumor era inoperable? Entonces me dijo, “¡Diviértete!... ¡Ve y vive!”. ¿Sí me entiende? Solo duré un mes ausente, y ahora que tenía la obligación de buscar silencio y paz fuera de casa, o en el tenue tarareo mental de una sonata para chelo, me encontré con esa vulgaridad en la diagonal Latina. Todo era un hedor insoportable de plátano frito y chicharrón. ¡No estoy exagerando! Vaya usted mismo y dese cuenta de que hasta en las puertas de cada tienda hay un baffle que truena con música distinta y el andén huele a orines y las manadas de perros despedazan a gusto las bolsas de basura. Sí, habrá gente que diga que es normal, que así surge la vida en este lado del mundo. Pero no, me rehúso a aceptarlo. Si no hubiera tanta humanidad suelta sin oficio ni beneficio.

En fin, caminé un par de tiendas más y me detuve frente a una vitrina donde una pared de televisores sintonizaba el mismo canal. Vi mi reflejo en el vidrio y acerqué la cara, solté un aliento y con uno de mis dedos dibujé grande la letra inicial de mi nombre. Así, grande. Pero la imagen de los televisores no me dejó seguir jugando porque la emisión fue interrumpida por una noticia de última hora. Cualquiera desgracia, me dije, cualquiera para entender que los demás son tan vulnerables como yo. Me acomodé la chaqueta, enderecé la espalda y me dispuse a prestar

Todo era un hedor insoportable de plátano frito y chicharrón. ¡No estoy exagerando! Vaya usted mismo y dese cuenta de que hasta en las puertas de cada tienda hay un baffle que truena con música distinta y el andén huele a orines y las manadas de perros despedazan a gusto las bolsas de basura.

atención, orgulloso, en aquella vitrina yo era el único televidente del planeta. La presentadora, demasiado maquillada para mi gusto y, antes de hablar, se limpió los ojos con un pañuelo que alguien hizo favor de pasarle. Agucé la mirada para leer sus labios y entender cuanto decía. La imagen de la pantalla se dividió en dos y apareció un periodista y ella le dio cambio y aquel, poniendo cara de tragedia y simulando que la noticia le afectaba, saludó a una jovencita de ropas sucias y cabello color verde manzana que parecía más bien recién emergida de un criadero de lombrices. El periodista le preguntó por lo sucedido y yo, esforzándome por recrear los hechos, lo conseguí al instante. ¿Listo?, ahí le va. Pues la jovencita llevó a su hija a pasear por la plaza Vallejo, ¿sabe cuál es?, y mientras esta jugaba a solas —imagine usted la mirada tierna de la madre al ver a la niña divertirse sin descanso bajo el sol—, brincando y batiendo sus trenzas al viento y luciendo sus nuevos zapatos rojos —la madre los mostró a la cámara, eran de hebilla—, la pequeña

corrió tras unas palomas y la joven, tanto más contenta, se volteó para sacar el celular de su bolso y tomarle una foto cuando ¡Plas!, la niña desapareció. Se cayó a una alcantarilla sin tapa. Enloquecida, la joven se lanzó de inmediato al hueco para buscarla. Yo puse cara de “obvio”. Y más obvio aún, solo encontró sus zapatos. La noticia terminó en que cientos de metros al sur, en el barrio Casandra, la chiquilla fue hallada muerta, arrebujada entre la inmundicia. Para volverse loco, ¿verdad? Pero no lo suficiente para mí. Apunté en mi libreta: Aún hoy, quienes se reproducen ignoran que cada niño significa más consumo de estaño y coltán.

De ahí subí derecho por la calle Molano y me detuve en la esquina cuando el semáforo de peatones cambió a rojo. Junto al andén, y junto a mí, se estacionó en su moto un bello joven que se quitó el casco, sacó su celular y empezó a hablar. Sí: bla, bla, bla. Vi sus botas de cuero y me pareció ingenioso amarrarlas con cordones amarillos. Tal vez es poeta, pensé. Aquel hombre era tan hermoso que me resultó difícil

quitarle la mirada de encima. Sus piernas lucían preciosas apretadas en aquel jean. Incluso, lo seguí mirando cuando el semáforo cambió a verde y yo atravesé la calle por la cebra. Lamento mucho si usted está esperando que yo le describa de manera profunda y sensitiva la belleza de ese hombre, pero ya entenderá que la masa en mi cerebro me ha hecho olvidar una cantidad considerable de adjetivos, así que ni manera; pero si yo le digo que era bello es porque era bello, tan bello que llegué a imaginar que él también me miraba y me invitaba a dar un paseo en su moto por la circunvalación, yo abrazado a su pecho, y llegábamos al Parque Nacional y allí me lanzaba al césped para hacerme suyo y aquel hombre debía taparme la boca porque yo, de tanto placer, no paraba de gemir. Fue tan nítida esa imagen que no tuve dónde esconder mi erección. ¡Y hace tanto que no sentía una! Y por ir pensando en su cuerpo desnudo, me estrellé de frente contra un señor vestido de chepito que, en lugar de disculparse, me exigió a gritos que tuviera más cuidado.



¡Y quién dijo miedo! Me crucé de brazos y le dije que, si lo deseaba, yo hacía favor de matarlo a puñetazos, que bien podía ir donde los suyos a despedirse, que yo lo esperaba ahí mismo. Pero enseguida el muy tonto cambió de actitud, hasta me abrazó y me dijo que paz y amor, y que perdonara si me había hecho algún daño. El tipo tenía un aliento a Tostaco, que no tuve más opción que ignorarlo y seguir mi camino. Volví la mirada a mi hombre y vi que guardó el celular, se acomodó su entrepierna con ambas manos, se puso el casco y encendió la moto. Y le confieso, yo hubiera renunciado a todo—incluso a mencionar mi estado de salud—, si un hombre así se fijara en mí. Y mientras anhelaba que fuera verdad, al menos por un rato, el ruido de una ambulancia me sacó de aquella ensañación. Corrí al andén y vi que mi hombre estaba moviendo su moto más hacia la orilla. Y por esa misma calle que yo subía, venía también un carro de bomberos, y el fragor de su sirena era mucho más perturbador. ¡Mi cabeza! Las picadas de nuevo, y esta vez sí la sentí estallar. Tuve que escupir al suelo porque el mundo se me difuminó en millones de puntos negros y maldije a madre por haberme heredado esta enfermedad, aunque, hay que decirlo, gracias a su muerte y al dinero que me dejó, ahora llevo una vida más bien holgada, y, para ser justos, también cabe la posibilidad de que me la haya heredado padre, pero cómo saberlo si tan pronto se supo embarazada, madre no quiso saber de él porque él jamás quiso saber de mí. Cerré los ojos y me apreté las sienes. Cuando haya mermado esta algarabía, me dije: Iré rápido donde aquel hombre para confesarle mi amor, qué importa si me da dos trompadas; ya lo decidí, mi dinero y mi amor serán suyos, ahora que no tengo nada que perder, correré todos los riesgos, porque ya descubrí que madre era una puta mentirosa, siempre

con su cantinela de “quien bien actúa, bien termina”. Sí, sí, sí, y míreme cómo terminé yo, ¡mentirosa!, mis días están contados y no fumo ni bebo ni salgo de noche, así anhele lamerme los dedos después de introducirlos en un cuerpo ardiente, ¡míreme!, más bien llevo una vida ascética, como ella, ¡míreme! Ahora dónde están las pasiones que me convierten en humano, dónde el contacto con otras pieles, dónde mis besos, dónde mis risas, ¡míreme!, ¿tanto cuidarme para caer enfermo y morir así, sin siquiera haber dado motivos? Pues no. Antes de que me atrape la telaraña de la muerte quiero sentir sobre mi espalda el pecho fogoso de un hombre, ¡pero míreme!, ya no tengo ni tiempo ni fuerzas, ¡míreme, por favor!, me dediqué a vivir tan a solas como el sol y se me hizo tarde, llevo al terror incrustado en los ojos. Entonces me digo: La muerte sí, y en todas sus presentaciones, pero por qué debo darme cuenta de su llegada, por eso, antes de que llegue, ya yo me habré ido.

Disculpe, creo que me desvié un poco. Todo eso pensaba cuando abrí los ojos y noté que por el estruendo que producían aquel par de carros. Ninguno se percató del otro y cruzaron la calle al tiempo. ¡Por supuesto, chocaron! Y por el peso del carro de bomberos, la ambulancia salió expulsada justo a donde estaba parqueado mi hombre, mi hombre, mi hombre, ¡y me lo aplastó! Me tapé el rostro y grité al cielo como un loco en llamas y mucha gente se amontonó alrededor de él, pero no para ayudar, no, qué va; lo hicieron para tomar fotos con sus celulares y tener tema de conversación durante el almuerzo. Ay, mi hombre...

Y con las mismas picadas en la cabeza, oyendo tañer dentro de mí cientos de campanas, me dije: Ya tengo suficiente material para una buena historia, no más tragedias por hoy. Regresé por el mismo camino craneando la manera de darle forma a las ideas y escribir sobre conflictos y miserias,

es decir, sobre la inherente desventura del ser. Y recordé lo que dijo mi escritor favorito el año pasado en la plaza de Aqueronte: “Escríbanlo todo, muchachos, todo, porque tarde o temprano encontraremos un huracán bajo nuestra almohada”.

Y otra vez me encontré con la vieja vestida de harapos que pedía limosna en la esquina. Ahora vi las uñas sucias de sus pies en esos zapatos rotos. Y pensé en que no sería mala idea darle el calzado de madre que aún guardo en el chifonier. Si usted quiere, puede dárselo. Me acerqué a ella para preguntarle si tenía hijos y, si los tenía, con qué enfermedad los había condenado. Pero opté mejor por acariciar su rostro lleno de arrugas reseca y me dije: Esta es la vejez a la que ya no voy a llegar. Busqué algunas monedas en mis bolsillos y se las di todas. Recordé mis apuntes... La historia... Rápido... Debía escribir.

Entré a casa y me quité la chaqueta. Quise sacar la libreta y la pluma pero no las encontré... ¡Dónde están!... Pero sí... Solo... ¡El chepito!... ¡Grandísimo hijo de puta!... Entonces fue ahí cuando me di por

vencido, para qué esperar más. Fui a la cocina y me preparé un té de veneno —y antes de que se me olvide, las llaves de la caja fuerte están detrás del tarro del azúcar, agarrar todo el dinero que quiera—, encendí la radio y oí al locutor decir que la señora que padecía leucemia, la misma que llamaba todos los días pidiendo plata para someterse a un tratamiento en otro país, y que luego de conseguirlo viajó henchida de dicha, pues, sin duda, había muerto en tierra extranjera. Aguanté la sensación de risa. Cambié el dial y me senté en este sillón, taza en mano, a escribir esta carta —de verdad, espero no haber estado muy descompuesto a su llegada—. Entonces sonó una bonita canción, “Cuanto más bella es la vida, más feroces sus zarpazos”. Bebí mi té y ahora sí reí, reí a carcajadas —porque al final a todos nos alcanzan las desgracias—, reí sin poderlo evitar —y el próximo soy yo—, reí y maullaron los gatos del vecino —alimento de gusanos—, reí y las picadas desaparecieron —¡no se le olviden las llaves!—, reí, reí, reí, y reí más, por qué no. De todas maneras iba a morir. ■■